

# PRESENTACIÓN: VOLVER A FREUD

ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura  
CLXXXIII 723 enero-febrero (2007) 1-4 ISSN: 0210-1963



Sonia Arribas  
Fernando Bayón  
*Coordinadores*

SONIA ARRIBAS Y FERNANDO BAYÓN

## 1

Como si se tratara de un acto repetitivo tras la conmemoración en 2006 del 150.º aniversario de su nacimiento, volvemos con este número de la revista *Arbor* a Sigmund Freud. Y lo hacemos como exige una figura cuya vida, por una parte, parece perderse exóticamente en el tiempo, remontándonos a la Moravia de 1856, sólo dos años después del casamiento de aquel recordman del imperialismo que fue Francisco José I de Habsburgo con la princesa Isabel de Baviera, 'Sissi', cuando faltaba por lo tanto más de una década para que el Imperio Austríaco se convirtiera en una monarquía bicéfala, K.u.K (*kaiserlich und königlich*: imperial y real) gracias al *Compromiso austrohúngaro* de 1867. Pero por otra parte, la vida de Freud, si bien nos remite a tiempos anteriores al nacimiento del propio Imperio Austrohúngaro, no sólo recorre todo el arco del mito habsbúrgico, hasta su descomposición final, sino que se proyecta mucho más allá de él, sobre sus sombras bélicas, con sus interregnos, de 1918 a 1939, año de su muerte en el exilio londinense.

El intento de Sigmund Freud por despejar un territorio especial para la teoría analítica, proporcionando a la moderna Psiquiatría la base psicológica que le faltaba, desbordó muy pronto los intereses de los profesionales del ramo para comenzar a ser patrimonializado por las esferas más diversas del discurso y reivindicado desde las más distintas zonas del *saber*, el *hacer* y, también, el *poder*. Pero, ¿qué decía, resumidamente, el *psicoanálisis* [y este 'resumidamente' ha sido quizás una de las más odiadas facilidades de su éxito]? ¿Que la conciencia no es sino una isla, una esquirola de la vida *ánimica total*, siendo los procesos psíquicos *en sí mismos* inconscientes? ¿Que en la base no sólo

de determinadas enfermedades nerviosas, sino también de la génesis de las creaciones culturales más elevadas, hemos de reconocer la aportación clave de impulsos instintivos que sólo pueden ser calificados de sexuales? ¿Que la búsqueda del placer –léase *libido*– escoge en los sueños sus objetos, preferentemente prohibidos, conforme a un 'sacro egoísmo' y un aberrante desembarazamiento de los escrúpulos de nuestra educación estética –léase *moral*–? ¿Que no existe sociedad humana que no esté montada sobre el sacrificio de las satisfacciones instintivas de cada uno de sus individuos, lo que aboca a cualquier colectividad a disfrutar de una existencia precaria pues su empresa civilizadora nunca podrá deshacerse de un remanente de escabrosidad y peligro, de indócil, irreprimible, inolvidable primitivismo? Enconadas hostilidades e iluminadas defensas, ociosas aversiones y abusivos clientelismos, marcaron hasta la saciedad el tono de las disputas en torno a éstas y otras ideas, disputas que si llegaron a hacerse atractivas fue tan sólo porque bebieron de todas las crisis de la sociedad europea de su tiempo, llenándose de significación cultural. Pues eso significa *todavía* Sigmund Freud: la vieja Europa de la Modernidad en crisis –si es que esto no es un pleonasma–. Su literatura constituye una de las puertas de acceso tanto a *aquella* Viena *fin-de-siglo* cuanto a *aquella* Europa de la República de Weimar a las puertas de la dictadura y el *Anschluß*, un continente en crisis y, acaso por eso, cargado hasta los bordes de personalidad y significado culturales que nos sigue preocupando y fascinando.

Volvemos hoy sobre Sigmund Freud no sólo con la debida y correcta multidisciplinariedad a que nos invita su obra (y exige nuestro tiempo), y de la que este número de *Arbor* se hace cargo tanto por la pluralidad de sus enfoques como por la variedad de sus contenidos<sup>1</sup>, sino con la intención

de seguir las huellas de una Europa abandonada, efectivamente, de la mano de cualquier cartesianismo, en la cual el extremo de la sospecha generalizada ya no conduce al encuentro con la roca firme de una identidad indubitable y un Dios avalador, una Europa en la que el viejo *dictum* ilustrado de Kant *¡razonad tanto como queráis y sobre lo que queráis; sólo que obedeced!* parece haberse dado la vuelta como un pañuelo. Como todo universo regido por las leyes de la obediencia, la represión y la censura, el modelo civilizatorio europeo se presenta ante la hermenéutica freudiana como necesitado de emancipación e interpretación. Y en la medida en que nuestro *presente* demuestra estar muy interesado en sus relaciones con la Modernidad cada vez que desea comprenderse a sí mismo, hasta el más reacio a las virtualidades terapéuticas del psicoanálisis habrá de conceder que Sigmund Freud sigue siendo actualmente una figura inevitable. Pues Freud, y no hará falta recordar aquí una vez más la célebre expresión de Paul Ricoeur, es una de las figuras con las que la Modernidad consigue hacerse más sugerente al volverse, precisamente, más sospechosa. Gran economista de las ilusiones de Europa en su última modernidad, Sigmund Freud parecería estar garantizando con su psicoanálisis una nueva etapa de eso que Michel de Certeau ha denominado la 'antropología del control', una vieja estrategia de la modernidad occidental: así, descubre (e inventa) con el *inconsciente* un continente salvaje que *nos da expresión* por debajo de nuestra voluntad racional a través de un lenguaje deformado y oblicuo hecho de *lapsus* o fallos, sueños y sublimaciones, defensas u olvidos, para acabar finalmente proponiéndonos, como el Pájaro del Bosque a Sigfrido tras probar la sangre de dragón, un medio terapéutico de traducción de los contenidos latentes de aquel lenguaje barroco y enmascarado. En Freud, distintamente a su coetáneo Wittgenstein, hasta los abismos acaban peregrinando al dispositivo del lenguaje.

Sin embargo, esa 'antropología del control del sujeto' está teñida en Freud, no podemos olvidarlo, con la liberadora sabiduría del desencanto, algo muy propio de una modernidad que sabe que ningún sueño puede acabar siendo tan cuidadosamente elaborado como para convertirse en la realización completa de ningún deseo latente, pues siempre queda un resto de dolor inmanifestable; que sabe que Grecia –o el pasado del que ella es una metonimia genial– ya no es más la romántica proveedora de mitos para la reconstrucción de ningún yo purificado, pues cualquier relato mítico fracasará en su intento de ordenar definitiva-

mente las contingencias de la vida psico-social del sujeto; y que reconoce que, si bien no podemos quedarnos cruzados de brazos cuando nuestras ilusiones prescinden de toda garantía de la realidad, cualquier alegato a favor de un fundamento puramente racional de nuestros preceptos culturales ha de ser lo suficientemente complejo y valiente como para atreverse a mirar de frente a aquel vacío que se esconde tras la compulsión a construirnos un acervo de representaciones morales, artísticas o religiosas: la necesidad de hacer tolerable la indefensión humana. Pues, como nos recuerda Freud, soportar la vida es, y será siempre, el deber primero de todos los vivientes.

## 2

Como ya hiciera Jacques Lacan en su momento, y ahora con renovadas energías, seguimos volviendo a Freud, pero ahora para situarle en los debates políticos y filosóficos contemporáneos, para forzarnos a recordar que incluso cuando no le rendimos tributo explícitamente somos necesariamente herederos de alguna veta de pensamiento iniciada o prolongada por él de alguna manera original y rompedora. ¿Cómo no retrotraerse a Freud para hablar, por ejemplo, de la represión de la memoria? ¿Y cómo no volverle a leer si estamos enfrascados en el estudio de los imaginarios (individuales o colectivos)? ¿Por qué no volver al maestro si nos dedicamos al estudio de la deuda económica (económica/simbólica)? ¿O cómo evitarle si nos interesan las insondables ramificaciones del deseo o su falta? Y, ¿por qué no? ¿por qué no sacarle todo el jugo posible, para hablar del tiempo y la historia, a su noción de la pulsión de muerte, al más allá del placer y a la repetición? ¿Y quién, sino Freud, descubrió que hay algo que nunca vio la filosofía y que se llama diferencia sexual, una diferencia que atraviesa todo discurso y toda práctica en la que se sitúa singularmente cada ser humano?...Así hasta el infinito.

Pero también nos queremos acercar a la teoría freudiana para escudriñar, aunque sea rápidamente, el lugar que hoy día ocupa el psicoanálisis en las fieras batallas en torno a la psique, libradas por las psicoterapias de distintas orientaciones y las diversas escuelas de neurociencias. Desde sus mismos inicios, y aunque se auto-concibiera formal y metodológicamente como una ciencia, el psicoanálisis y su

hipótesis del inconsciente arraigaron profunda y estruendosamente en la cultura, el pensamiento y las artes. Las reverberaciones de ese impacto se dejan todavía sentir, aunque hayan sido mitigadas por el transcurrir del tiempo y el uso y el abuso de sus categorías. Pero es obvio, si atendemos a las continuas críticas a las que ha estado sometido desde otros gremios, que nunca han sido fáciles sus relaciones con la ciencia, o con lo que, todo hay que decirlo, fácilmente se recubre con el manto de lo supuestamente científico. ¿Hay que aceptar los compartimentos aislados, las disciplinas autónomas del saber? Desde luego que no. ¿Por qué no entonces arriesgarse, como están haciendo algunos de los más eminentes teóricos del psicoanálisis hoy día (Slavoj Žizek, por ejemplo) a volverle a leer a la luz de lo que la ciencia nos puede decir sobre el cerebro, el lenguaje y demás? ¿Por qué no atreverse a especular (como ya anticipó Lacan y hoy prosigue con ahínco Alain Badiou) sobre lo que las matemáticas y el psicoanálisis podrían tener en común? ¿Por qué no aventurarse a discutir sobre las múltiples concepciones del sujeto o la persona que maneja la ciencia (y es que en la ciencia actual la especialización también causa estragos), por un lado, y la que opera cuando se presupone la idea de un inconsciente, por otro? ¿Por qué no comparar sin miedo, como está haciendo Jacques-Alain Miller, la lógica de los significantes característica del psicoanálisis con las sucesivas generaciones de la lógica matemático-filosófica que aún impera en algunos departamentos de filosofía y que se ha llevado sin demasiados problemas al campo de la cibernética?

Ahora bien, el psicoanálisis fue desde el principio y sigue siendo hoy, por encima de todo, una práctica viva que tiene lugar cada vez que se escucha o se presupone que hay un inconsciente que habla. Una práctica que atiende a viejas y nuevas dolencias que surgen tan convulsivamente como las relaciones sociales y políticas en las que se enmarcan, y que se modifican tanto como cambia el entorno y sus formas de vínculo social. Son síntomas que sirven de apoyo a los sujetos, que les acomodan y les hacen sobrevivir y/o malvivir (anorexias, adicciones, por ejemplo) especialmente cuando ese vínculo social está en una permanente crisis.

Tal vez por este motivo, porque Freud y los más ilustres de sus seguidores en ningún instante se distanciaron por principio, aunque no lo estudiaran directamente, de la raíz del contexto social en la que los síntomas surgían, que el psicoanálisis fue y sigue siendo una práctica revolucionaria,

tal vez de las pocas prácticas todavía auténticas que no se dedican simplemente a adecuar o adaptar al sujeto al entorno, a hacerle funcionar y ser eficaz... ¿en pro de qué?

Y quizás sea su no adaptación el mayor peligro del psicoanálisis en lo que se refiere a su salud y su supervivencia; pero también su potencial a la hora de proveernos con referentes conceptuales válidos para teorizar sobre lo social. ¿Cómo no preguntarse, por ejemplo, si no ha ocurrido que el sujeto contemporáneo se ha ido progresivamente convirtiendo, más que nada, en un sujeto histerizado hasta la médula? La referencia al campo de la política es obvio, también al de la educación: ¿no critica continuamente el sujeto contemporáneo, desde la más absoluta inacción y pasividad, a toda figura de autoridad que se le cruza por el camino, sea maestro, padre, político o, en versión abstracta, el orden falocéntrico y eurocéntrico? ¿Y, como vio Freud astutamente, no será porque lo que anhela profunda e inconscientemente es la resurrección de ese padre con autoridad que de verdad legitimase y pusiese las cosas en orden? ¿Y no surgen, en consecuencia, de esta inacción y pasividad a la que se ve sometido hoy el sujeto, los demonios delirantes que ven que el mundo es un todo encerrado en sí mismo, donde no hay un afuera ni un otro, donde lo único que crece y se reproduce es la expansión del capital, donde los demás se pueden convertir de un día para otro en pequeños monstruos que nos acechan y nos quitan lo que tenemos? ¿Y no es verdad que a medida que se extiende sin remedio lo que Freud llamó con sus coetáneos la masificación de lo social, a medida que avanza la abstracción de las relaciones sociales, tanto más brotan, aunque sean en versión patética, esas figuras dominantes, autoritarias y salvíficas a las que aferrarse y pedir socorro? ¿Y no es verdad que el deseo de redención mediante la segregación, la patria, la nación o el grupo exclusivo es algo que sólo se entiende a partir de fenómenos históricos cuya plasmación empírica observó Freud en carne viva? ¿Y no tendríamos que preguntarnos por la concomitante búsqueda de fantasías de completud y armonía, propias del neurótico tanto como del filósofo, donde lo que reina es la concordia, la fraternidad y/o la transparencia en la comunicación?

Nos acercamos una vez más a Freud sin dejar de pensar en las muchas resistencias que nos aguardan por el camino. Pero también sin dejar de descubrir a cada paso, como sostiene en el *Seminario XVII* Jacques Lacan, que Freud nunca dice tonterías.

## NOTAS

---

1 Este número de *Arbor* responde por lo tanto a los planteamientos generales del Proyecto de Investigación "Identidades, migraciones y exilios en la cultura europea contemporánea" del Instituto de Filosofía del CSIC, cuyo investigador principal es José M.<sup>a</sup> González García, y que viene desarrollando su trabajo en colaboración con una unidad asociada de la Universidad Complutense bajo la dirección de José Miguel Marinas. Como miembros de dicho proyecto de investigación,

los coordinadores aprovechamos estas líneas para mostrar nuestro más cordial agradecimiento a todos los colaboradores que han hecho posible este número así como a los participantes en las reuniones y seminarios del Departamento de Filosofía Práctica del IFS-CSIC, de cuyos debates han podido surgir algunas de las ideas desarrolladas en este volumen. Con una mención muy especial para Alberto Sánchez Álvarez-Insúa a quien pertenece la iniciativa de asomarnos al mundo de Sigmund Freud con ocasión del 150.<sup>o</sup> aniversario de su nacimiento.